



REVISTAS CIENTÍFICAS
de la Universidad Católica del Norte.
revistas.ucn.cl



CUADERNOS DE TEOLOGÍA
Universidad Católica del Norte

doi 10.22199/issn.0719-8175-5097

ISSN: 0719-8175 (En línea)

De lo invisible y lo inasible.

Of the invisible and the intangible.

Juan Patricio Cornejo Ojeda¹  orcid.org/0000-0002-8986-9612

¹Institut de formation théologique de Montréal, profesor de filosofía. Ph. D. Théologie, Université de Montréal, Doctor en Filosofía, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso,
 dr.juan.cornejo@gmail.com  <https://www.juan-cornejo.com>

Resumen:

Desde la Grecia antigua, el sentido de la vista ha sido resaltado por sobre todos los otros sentidos. Hoy, frente a ciertos eventos -invisibles e inasibles- como acontece con la radiactividad o los virus, el sentido de la vista ha perdido toda su relevancia. Otros sentidos comienzan a cobrar importancia y volumen. El sentido del tacto entra en escena de modo directo ante lo invisible y lo intangible, deshojando inexorablemente, en muchos casos, la enfermedad y la muerte. Hoy es forzoso, dada nuestra particular realidad, educar a las nuevas generaciones sobre la importancia del sentido del tacto. Este es el tema a tratar en este artículo, a partir de la filosofía de Xavier Zubiri.

Palabras Clave: Xavier Zubiri; sentido del tacto; lo inasible.

Abstract:

Since ancient Greece, the sense of sight has been emphasized above all other senses. Today, in the face of certain events - invisible and intangible- such as radioactivity or viruses, the sense of sight has lost all its relevance. Other senses are beginning to gain importance and volume. The sense of touch, enters the scene directly before the invisible and the intangible, defoliating inexorably, in many cases, illness and death. Today it is forced, given our particular reality, to educate the new generations about the importance of the sense of touch. This is the subject of this article based on the philosophy of Xavier Zubiri.

Keywords: Xavier Zubiri; sense of touch; the intangible.

Fecha de recepción: 17 de agosto de 2021 | Fecha de aceptación: 24 de mayo de 2022

Introducción

El filósofo José Ortega y Gasset, en una de sus obras nos trae una espléndida parábola para estos tiempos de incertidumbre global que estamos viviendo:

Cuenta Parry —escribe Ortega— en su viaje polar avanzó un día entero en dirección Norte, haciendo galopar valientemente los perros de su trineo. A la noche verificó las observaciones para determinar la altura a que se hallaba, y, con gran sorpresa, notó que se encontraba mucho más al Sur que de mañana. Durante todo el día se había afanado hacia el Norte corriendo sobre un inmenso témpano al que una corriente oceánica arrastraba hacia el Sur (Ortega y Gasset, 1963, p. 361).

Lo más grave de esta parábola —según mi perspectiva— es que hoy nuestra humanidad, en este momento histórico, está experimentando una travesía muy parecida a la relatada por Ortega sobre la malograda aventura de Parry. Creíamos ir hacia un Norte claro y prometedor, hasta finales del 2019, cuando en realidad nuestras acciones nos llevaban en sentido contrario. Se hablará, sin lugar a duda, en los documentos de historia, de un antes y un después del 2019 producto de la pandemia.

Cuando los Curies anunciaron el descubrimiento del radio, en ese momento la comunidad científica intentaba comprender ese singular y nuevo elemento donde lo invisible e inasible entraba en su difícil comprensión científica. La interrogante inicial consistía en averiguar si acaso era un nuevo elemento o una rareza para los coleccionistas. Tomó tiempo la comprensión de sus características invisibles e inasibles; y, sobre todo, letales. Lo mismo sucederá, lo esperamos a corto plazo —es nuestra esperanza— con SARS-CoV-2 (COVID-19) y sus vertiginosas variantes.

Pero, volvamos a la radiactividad... ¿qué es eso de radioactividad? *Grosso modo*, es un fenómeno natural que se produce de modo espontáneo en núcleos de átomos inestables emitiendo, mediante su desintegración en otro estable, gran cantidad de energía en forma de radiaciones ionizantes. Pues bien, el ritmo de emisión y el tipo y energía de las radiaciones emitidas son característicos de cada elemento radioactivo (Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2017; Malley, 2013). Pues bien, lo interesante en nuestra reflexión, en torno a la radioactividad y los virus, es el papel que han jugado los sentidos humanos. En efecto, desde los tiempos de los filósofos griegos, es el sentido de la visión, el que ha sido resaltado y cobrado importancia por sobre todos los demás. *Hic et nunc*; no obstante, “frente” a la radioactividad y los virus, por decirlo de algún modo, el sentido de la vista pierde toda su eficacia. Lo invisible y lo inasible —como radioactividad o virus— se presentan no a la vista directamente, sino al sentido del tacto (hay otros sentidos, como la kinestesia y la cenestesia donde también hay un efecto en la unidad psicoorgánica, pero quedan alojados para otro estudio).

He tomado la palabra inasible del concepto que nos presenta la teología, pero reducida *hic et nunc* a la dimensión puramente noológica. Zubiri (1987, p.429), en efecto, nos distingue la

inasibilidad, para los latinos, como una nota puramente negativa, es decir, consiste en no proceder de nada; y para los griegos, como una nota positiva que consiste en ser principio o fuente metafísicamente primaria de su propia riqueza. Aquí, *a priori*, nos inclinamos por la segunda, sin mayor análisis y explicación. En este sentido, lo inasible es invisible, no está ahí “delante” de nuestros ojos. Pero sabemos de ellos por sus efectos en nuestro sentido táctil, en nuestra unidad psicoorgánica, en el caso de la enfermedad.

El tacto es por antonomasia el sentido de la presencia. Hay una presencia en que a la vez tocamos y somos tocados —como diría el filósofo Xavier Zubiri— por la “nuda realidad” de las cosas (1998). En otras palabras, el tacto es el sentido “unitivo” por excelencia, por ello, fue el sentido que más interesó a los místicos cristianos. Somos tocados “tocando”. Tocando una cosa, soy tocado por la cosa.

Rivera Cruchaga (2006) hace una distinción iluminadora, de algún modo, nos dice, la cosa tocada no está propiamente “presente” al tacto, porque, efectivamente para estarlo, tendría que, inexorablemente, ser mostrado con una mínima distancia “pre-sente”, es decir, “estar siendo ahí delante”. De algún modo, la cosa tocada está hecha “uno” con el tacto, pero a la vez sentido como “otro”. En otras palabras, al tocar una cosa, siento algo (“otro”) que me está tocando. En el sentido del tacto, las cosas no están “pre-sentes” porque no están ahí puestas delante para ser vistas, vale decir, “el tacto es *pura inmediatez*” (p. 81).

Preguntémonos entonces: ¿De qué modo esta pandemia afectará nuestra inteligencia humana?, ¿Cómo la filosofía puede enseñar a vivir, prudentemente, prestando más atención al sentido del tacto?, ¿Cómo educar nuestra sensibilidad humana, particularmente, el tacto humano en nuestro trato social cuando es suprimido, por razones de higiene social, por ejemplo: la estrechez de mano, el abrazo espontáneo, el beso en la mejilla o la tierna caricia, a causa de eventos que han mutado nuestra vida cotidiana entre los inicios del 2020, gran parte del 2021, y todavía se agregaría todo un 2022, 2023...? Intentar establecer una ruta preliminar para poder abrir una posible respuesta a estas interrogantes será posible si navegamos en tres momentos fundamentales.

1. Navegación preliminar “en torno a” lo invisible y lo inasible

1.1. Datos globales en respectividad con el covid-19

Veamos algunos datos brutos de estadística mundial al 22 de agosto del año 2020, para mostrar simplemente que el padecer humano por contraste con Covid-19 es *respectivo*. Cada año aproximadamente 305.830 personas mueren por gripe de estación; 4.762.368 de niños, menores de 5 años, mueren; 26.654.737 de muertes por abortos; 1.053.253 de muertes por el VIH/sida; 614.563 muertos por paludismo; 3.132.096 de muertes causadas por el tabaco; 1.567.036 de muertes por el

alcohol; 5.145.728 de personas fallecidas por cáncer; 803.3800 de muertes por covid-19 (Worldometer, n.d.).

Cuando he mencionado la *respectividad*, estoy tomando la imagen de Zubiri (1979) como piezas del reloj suizo. No sabemos con precisión cual pieza ha dado origen al movimiento de todas las otras. "Entiendo que respectividad es un carácter metafísico de la realidad, y no simplemente una relación o propiedad, entre otras, de las cosas reales" (p.13).

1.2. Lo invisible entra en la escena mundial

Martin Heidegger (1998) en su *Einführung in die Metaphysik*, nos advertía que Europa se hallaba entre dos tenazas, "*Zange*" (p.34), formadas por Rusia y Estados Unidos. Permítanme, pues, tomar esta imagen de la tenaza de Heidegger, pero elevándola a nuestra actualidad. Hoy, el mundo se encuentra entre dos nuevas tenazas: una tenaza, un poco aminorada, pero siempre latente, la "radioactividad". La otra muy activa, "los virus" y sus permanentes variantes.

Sin entrar en detalles y dando grandes pasos, vemos que para el hombre hoy se han actualizado los virus (Wuhan) e igualmente la radioactividad (Chernóbil, Fukushima, etc.), dos realidades invisibles al ojo humano y que presentan una problemática filosófica de actualidad para el ser de la realidad humana, pues, hoy, el ser humano vive como si todo lo que existiera estuviese "ahí", delante de sus ojos y que puede controlar en cualquier momento. En estos momentos, por ejemplo, creemos tener control del Gran Colisionador de Hadrones (Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire, 2021), el mayor y más potente acelerador de partículas del mundo, que opera la Organización Europea para la Investigación en la frontera franco-suiza, cerca de Ginebra.

Se manifiesta en muchos países desarrollados una mentalidad llamada "paradigma tecnocrático" (Francisco, 2020, p.57) que no tiene en cuenta el límite impuesto por el valor de los demás. Preguntémonos, pues: ¿Tenemos control de todos los reactores nucleares en el mundo? Difícil respuesta, justamente porque, por un lado, la "tiranía de la visión" nos tiene en sus redes. Lo único que podemos decir tomando en nuestras manos los datos de la ciencia es que *lo invisible* desborda al hombre mismo. Hay un horizonte de realidades invisibles al ser de la realidad humana que estamos accediendo sin prever sus consecuencias.

2. El tacto humano, de lo invisible hacia lo tangible

2.1. Radiactividad y virus: lo invisible toca nuestra realidad táctil

Ante todo, hagamos una cronología para situarnos en un contexto histórico: en 1789, el uranio es descubierto por Martin Klaproth. En 1855, Johann Geissler inventa una bomba al vacío para visualizar las descargas eléctricas. En 1895, Wilhelm Röntgen descubre unos rayos fuertemente penetrantes (los rayos X). En 1896, Henri Becquerel descubre otros rayos invisibles, igualmente

penetrantes, desde el uranio. En 1898, Marie y Pierre Curie inventan el término “*radio-actif*” y “*radioactivité*”, descubren el polonio; y con Gustave Bémou, descubren el radio. En 1900, Paul Villard descubre los rayos Gamma. La historia sigue, y cada vez los descubrimientos y aplicaciones innovadoras son manifiestas, lo que ha provocado un reajuste de las teorías consagradas a la edad de la tierra ha permitido inventar nuevos métodos para datar los objetos arqueológicos, etc. (Malley, 2013).

En 1755 aconteció un gran terremoto en Lisboa. El sismo fue seguido por un maremoto y un incendio, causando la destrucción casi total de la ciudad. 256 años más tarde ocurriría un fenómeno parecido en Fukushima, el 11 marzo de 2011, salvo que el incendio fue de un reactor nuclear. Este no era un evento nuevo, porque el 26 de abril de 1986 una serie de explosiones y un incendio con características “apocalípticas” destruiría el reactor de la central nuclear de Chernóbil.

La escritora bielorrusa Svetlana Alexievith (1998), indica que los registros de un alto nivel de radiación, a causa de la explosión de Chernóbil, fue registrado el 29 de abril de 1986 en Polonia, en Alemania, en Austria y en Rumania; el 30 de abril en Suiza y en Italia; el 1 y 2 de mayo en Francia, en Bélgica, en los países Bajos, en Gran Bretaña y en el norte de Grecia; el 3 de mayo en Israel, en Kuwait y en Turquía. Las sustancias gaseosas y volátiles proyectadas a gran altura tuvieron una difusión global, así: el 2 de mayo fueron registradas en Japón; el 4 y 5 del mismo mes en China e India; respectivamente, y el 5 y 6 de mayo en Estados Unidos y en Canadá.

Según la *World Health Organization* (WHO, 2005), el número total de defunciones atribuidas a Chernóbil se estima en 4.000 aproximadamente. 200.000 trabajadores de servicio de emergencia que intervinieron entre los años 1986 y 1987, los 116.000 evacuados y los 270.000 residentes en las zonas más contaminadas; un total de 600.000 personas afectadas; pero las cifras siguen abiertas: ¿Cuántas personas más morirán probablemente en el futuro a causa del “accidente” nuclear?, ¿El “accidente” nuclear fue un error humano o simplemente el desenlace natural que brota en la humanidad cuando quiere elevar otra “Torre de Babel” para *tocar* lo invisible? Esta radioactividad no fue visualizada por el sentido de la vista. No obstante, afectó la realidad psicoorgánica de miles de personas en Europa. Dadas las dosis de radiación, nuestra realidad psicoorgánica, nuestra sensibilidad humana puede ser afectada permanentemente, particularmente nuestro sentido táctil, este último evento —el de Chernóbil— es un claro ejemplo de ello, leemos un texto de la escritora bielorrusa Svetlana Alexievitch (1998): “*il est interdit de s’embrasser et de se toucher*” (p. 15), “está prohibido besarse y tocarse”.

La literatura —muchas veces— recoge elementos de la vida humana cotidiana que la ciencia no puede recoger. En las primeras páginas de la novela de Svetlana Alexievitch, asistimos con “temor y temblor” —desde las palabras mismas de los sobrevivientes de Chernóbil— lo que padecieron muchos enfermos y familiares en las primeras horas y días posteriores de la explosión nuclear. En los

hospitales —se seguía un riguroso protocolo— a los familiares se les había prohibido besar y tocar a los pacientes traídos desde Chernóbil. Incluso no podían acercarse a ellos, “*ne pas s’approcher*” (p. 15), no aproximarse, debido a los altos índices de radioactividad que poseían ahora sus frágiles cuerpos.

Poniendo este accidente de Chernóbil en *respectividad* con la pandemia provocada por SARS-CoV-2, iniciada en la ciudad de Wuhan en China el 31 de diciembre de 2019, han transcurrido 33 años desde la explosión nuclear, que no es mucho tiempo. Entendamos —lo he dicho más arriba— esta *respectividad* como piezas de un reloj suizo que no sabemos muchas veces cuál fue la primera pieza que detonó el movimiento de todas las demás o simultáneamente comenzaron todas en un momento determinado a moverse.

Volviendo a nuestros ejemplos arriba señalados. Una persona que haya sobrevivido a Chernóbil —hay muchas (WHO, 2005)—, y ahora con la pandemia, puede comprender en su radicalidad abismante, la importancia y volumen que tienen las palabras, no aproximarse: “*ne pas s’approcher*”.

Ciertamente, la sensibilidad humana ha sufrido como un primer muro de defensa este inexorable ataque. El “otro” ser humano —el que ha sufrido la radioactividad— es, ahora, un ser humano aislado de la comunidad —sobrevive casi al igual o peor que un leproso de tiempos bíblicos—.

Aquel que ha contraído covid-19 (sobre todo al inicio, cuando no se sabía mucho de este virus, ni había vacunas disponibles), y ha “salido” de la enfermedad, comprende, perfectamente, cómo lo invisible y lo inasible desencadenan todo un proceso orgánico doloroso en el cuerpo, en su unidad psicoorgánica y conlleva aparejados efectos sociales, muchas veces, relevantes. Lo invisible y lo inasible —virus o radioactividad— alcanzan la unidad psicoorgánica humana destruyéndola inexorablemente.

El cuerpo humano alcanzado por covid-19 es experimentado como “otro”, enteramente distinto al cuerpo humano “sano” y ese “otro” ser humano, se reviste como un “ser” peligroso, pues, abre la posibilidad que transmita esa “otredad-viral” y sus “variantes” en un cuerpo “sano”. Demos un paso más. Es abismante pensar o creer que existen ciertas “misteriosas” convergencias en la vida humana y en su historia, pero las hay. La convergencia es algo perfectamente razonable, que no debe confundirse con la coincidencia científica. Simplemente aquí consignaremos una convergencia de carácter reflexivo, filosófica.

Realicemos, un breve paralelo “convergente”, que no es menos riguroso que una investigación empírica, recogiendo, por una parte, la obra de Svetlana Alexievith (1998), y, por otra parte, recordando la información que nos entregaban los medios de comunicación a principios del

2020 (BBC, TV5, Tagesschau, Radio Canadá, etc.). Estas posibles convergencias: en Chernóbil, había que mantener una distancia con los que habían estado en contacto con la radiación. El distanciamiento social, producto de la pandemia, exige en todo el mundo esa pauta de convivencia social; los que habían estado en presencia de la radiación, en sus primeros días, esperaban 14 días para ver el desenlace. 14 días de “cuarentena” para los que han estado con covid-19; no abrazar, ni tocar a los enfermos ni los expuestos a radiación en Chernóbil; los muertos en ataúdes herméticos de zinc y sepultados sin presencia de familiares ni rito funerario en cementerios en Rusia, cubiertos de un espeso cemento, a causa de la exposición de los cuerpos a la radiactividad de Chernóbil. Casi el mismo rito purgativo —dependiendo de cada país— para casos de covid-19. Las muertes por radiación de Chernóbil son indeterminadas (cáncer en los países que fueron “alcanzados y tocados” por la radiación) y en la pandemia, también, se postula a un indeterminado número de fallecidos en el mundo. Por la radiación, en algunos casos, se pierde el olfato, asimismo, por el coronavirus; inicialmente los más ancianos utilizaban mascarillas, no los jóvenes en Chernóbil, lo mismo acontece con el covid-19; entonces, ¿la radiación y SARS-CoV-2 al parecer son un error humano? La sospecha, parafraseando a Descartes, distorsiona toda información (explosión nuclear - covid-19); en su inicio, fue la verdad “amordazada”, en el fuero político de regímenes totalitarios; médicos, técnicos y científicos se “reservaban” información en Chernóbil y lo mismo inicialmente con el covid-19; el miedo, el temor innegablemente frente a esta pandemia y en Chernóbil no permiten que el ser humano, naturalmente, piense en reproducirse como especie; las mujeres lavaban la ropa de los soldados que limpiaban la central nuclear que estaban expuestos a la radiación; las manos de estas mujeres sangraban permanentemente, pues, trabajaban sin protección. Es importante destacar —dicho sea de paso— que en el mundo las mujeres han sido las más tocadas por la pandemia, están más expuesta en la primera línea, aproximadamente el 70% de todos los trabajadores del sistema de salud, son mujeres (Francisco, 2020, p. 96). Muchísimo personal médico sin protección atiende a los enfermos por covid-19 en miles de hospitales en el mundo, con falta de material de protección adecuado. Al inicio, no se creía en la gravedad del accidente de Chernóbil, mucha gente no dejó inmediatamente la zona del desastre, hoy, igualmente, hay muchos que piensan que COVID-19 no es grave y toman vacaciones como si nada pasara; como siempre los pobres son los primeros en sufrir y morir. En Chernóbil, los soldados y aldeanos limpiaban el desastre, mientras los jefes militares y políticos arrancaban en camiones a otras localidades menos contaminadas. Asimismo, hoy los poderosos y ricos hacen cuarentena en sus enormes mansiones, en la casa de campo, playa, alejados del problema; pensábamos que como humanos cambiaríamos con la experiencia de Chernóbil, pero llegó la pandemia provocada por COVID-19 y seguimos tal vez más arrogantes ante todo *lo invisible* y *lo inasible*.

2.2. ¿Ha llegado el eclipse de la esperanza?

Ante el sufrimiento, el dolor y la muerte siempre y naturalmente el desaliento brota. Sin embargo, Alemania, como es sabido, se levantó de dos guerras mundiales, porque el pueblo, tal vez, seguía teniendo en sus genes y en su cultura el “furor” que tanto admiraban los romanos. Con ese “furor” levantaron su nación, pero, más aún, el pueblo alemán para incrementar la vida expulsó el odio y buscó la unidad. Alemania se apropió de un fuerte sentido moral y espiritual. No se puede reconstruir una nación si somos un lobo para el mismo hombre (*homo hominis lupus*).

Debemos trascender lo que nos separa, y tirar las redes del amor. Recordamos aquí, lo que el Apóstol escribió: ὁ μὴ ἀγαπῶν μένει ἐν τῷ θανάτῳ, “quien no ama permanece en la muerte” (Bover y O’Callaghan, 1994, 1 Juan 3:4). Un agnóstico o un ateo estaría, en cierta forma, de acuerdo con esta sentencia, porque humanamente la vida florece junto al amor. Me refiero a la vida humana plena, no a la vida puramente orgánica. La vida vale la pena vivirla, a pesar de estar confinados en nuestras libertades físicas. El sentido de la vida siempre encuentra una salida. Preguntarse por el sentido de la vida hoy parece estar nuevamente en vitrina. En efecto, si Blondel (1973) se preguntaba: *Oui ou non, la vie humaine a-t-elle un sens, et l’homme a-t-elle une destinée?* (p.7). “¿Si o no, la vida humana tiene un sentido, y el hombre un destino?”, para el filósofo francés Lenoir (2020) será otra cuestión, en una dirección y respuesta más ética que metafísica. Para él, no hay que buscar tanto el sentido en la vida, sino más bien, *llenar de sentido* la vida, es decir, llenar la vida de un contenido concreto. Ciertamente, no podemos llenar la vida con cualquier ingrediente, este contenido debe ser justo y moderado, por ejemplo, el arte, el amor a la verdad, la buena música, la lectura reposada y meditada, la oración personal y amorosa con Dios —cuando todavía la luz de la fe alumbra—. Recordemos lo que Cervantes y Saavedra (2006) escribía: “Dios muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas” (p.76).

Cuando leemos en el Evangelio: Ἀπὸ δὲ ἕκτης ὥρας σκοτός ἐγένετο ἐπὶ πᾶσαν τὴν γῆν ἕως ὥρας ἐνάτης. “Desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona” (Bover y O’Callaghan, 1994, Mateo, 27:45). Tomando esta terrible imagen, no podemos dejar de preguntarnos: ¿La humanidad, desde el año 2020 y, tal vez, todo el año 2021, 2022, 2023, estará viviendo y atravesando “la hora sexta hacia la hora nona” momentos de tinieblas que oscurecerán, por un tiempo, su espíritu?

2.3. ¿Desde el Oriente llegó la pandemia y con ella viene también la esperanza?

El taoísmo, aparecido en China hacia el siglo VI antes de nuestra era cristiana, valoriza el humor como factor de desprendimiento. Reír nos permite desprendernos de nuestras situaciones dolorosas, absurdas, incómodas por la fuerza de nuestro espíritu. El tomar distancia nos permite adaptabilidad, resiliencia y tranquilidad espiritual. En chino, según Lenoir (2020) la palabra “crisis” es

representada por dos ideogramas: uno, significa peligro; la otra oportunidad (p.35). Así se sale de la crisis que ha provocado el covid-19, mejor o peor, pero jamás igual que antes (Francisco, 2020, p.11).

La etimología de la palabra “crisis”, en griego, significa que es necesario hacer una elección. Toda “crisis” sea personal o colectiva, nos debe conducir a hacer elecciones y tomar las nuevas oportunidades que se nos ofrecen. Chernóbil y Fukushima dieron la oportunidad al ser humano de ser más exigentes en los controles de riesgos de los entes nucleares. ¿Lo mismo acontecerá con el covid-19, gran parte de la población del mundo irá comprendiendo con sus gobernantes que un árbol vivo vale más que un árbol cortado y un hospital o un centro de investigación valen más que comprar armas? Ya lo profería el viejo adagio: “Más vale encender una humilde vela, que maldecir las tinieblas”.

2.4. Actualidad de COVID-19

La pandemia SARS-CoV-2 (COVID-19) como una oscura niebla ha esparcido su tenebrosa realidad y ha oscurecido nuestra historia en esta primera veintena del siglo XXI. Nuestro mundo marchaba confiado —con sus innumerables problemas, ciertamente— hacia el futuro, con una confianza ciega en el porvenir. Sin embargo, de pronto el sol despuntó una mañana en oriente y COVID-19 entró a escena a escala global. En un tiempo récord, las principales ciudades del mundo se contaminaron. Desde ese momento, casi todo se opacó, perdiendo la humanidad su fuerza vital, con un temor —casi irracional— ante la enfermedad y la muerte repentina. Nuestra realidad sensible, psicoorgánica, comenzó a oscilar entre respirar naturalmente o estar en su límite fatal extremo, asistido por un ventilador mecánico.

Con la epidemia global COVID-19, el tacto humano ha sufrido el “aluvión” de esta pandemia —sin tomar en cuenta la cantidad de muertos, los problemas humanos de toda índole que ha traído consigo, los problemas económicos, etc.— afectando, de algún modo, nuestra inteligencia humana. Preguntémonos nuevamente: ¿De qué modo esta pandemia afectará, particularmente, el tacto humano? Hay una cierta vinculación —no despreciable— entre tacto humano y COVID-19, y que traería consecuencias trágicas a corto plazo en la inteligencia humana.

A inicios del año 2000, la ciencia —con cierto titubeo— nos presentó el término: “Antropoceno” (Magni, 2019), para designar un nuevo tiempo geológico. Esta nueva época de la Tierra se iniciaría a partir del siglo XVIII con la Revolución Industrial. Esta fecha tiene sus detractores, ciertamente, pero no es nuestro problema aquí. El hecho es que la Tierra sigue cambiando en un movimiento permanente. La Tierra sostiene al hombre y se nos mueve. He ahí la paradoja que advertía Galileo Galilei, al decirnos que la Tierra nos sostiene moviéndose: cambio climático, ondas electromagnéticas, lluvias radiactivas y, hoy, el brote —actualización— de COVID-19.

Los virus para Xavier Zubiri (2010) son un producto de desecho de los organismos, más que caminos hacia la vida y estos no pueden vivir más que en un mundo biológico. Estos, hoy y sin duda alguna, tienen mucha “actualidad” (p.125), es decir, los virus están hoy más presentes a todos. Para Zubiri, se percibe ya la diferencia entre “actualidad” y “actuidad”. Los virus son *siempre* realidades en *acto*, pero, su estar presente a todos no es “actuidad”, pues, hace siglos atrás, los virus carecían de esta presencia; no tenían “actualidad”, eran “actuidad”. Veamos otro ejemplo: el hombre se ha hecho presente en el fondo del mar, en el espacio, en la Luna. Este “hacerse” presente ya no es una mera relación extrínseca como podría ser la realidad de los virus; es un momento intrínseco de la cosa real, es decir, de la persona. Es ella misma la que se hace presente. El momento *intrínseco* consiste en que su presencia es algo determinado por la persona “desde sí misma”. Otro ejemplo —traigo un recuerdo— en la niñez, con mis amigos nos internábamos, por horas, y a veces un día entero, en uno de los desiertos más áridos del mundo, el de Atacama (Chile), encontrábamos algunas veces cuevas, que se actualizaban, como un refugio temporal. Esa era una actualización, tal vez, única de seres humanos.

La verdad ante los eventos trágicos —dicho sea de paso— parece extinguirse como un río que desemboca en un mar de confusiones. Hoy, en todo el mundo, está emergiendo un grupo de personas que van contra la ciencia y la verdad. Se olvida la importante tarea de la ciencia a través de la historia. Es lo que ocurrió con los aldeanos en los primeros momentos de la explosión de Chernóbil. Muchos, estaban en contra de los científicos y técnicos nucleares; responsabilizándolos del desastre, tal como lo relata Svetlana Alexievitch. Sin embargo, ya Teilhard de Chardin (1965) escribía: “*la Science n’est rien autre chose que la découverte de Dieu*” (p.187), “la ciencia no es otra cosa que el descubrimiento de Dios”, lo decía un hombre de ciencia y de fe.

2.5. El poder de lo invisible

COVID-19 ha sido inicialmente implacable con nuestros ancianos, principalmente, aquellos excluidos y aislados en las casas de reposo de los países ricos (Francisco, 2020). Luego, los más jóvenes en el 2021, pero al final de cuenta —jóvenes o ancianos— de alguna manera u otra son “tocados”, “alcanzados”, por los virus. Los ancianos son aquellos justamente que han vivido gran parte de sus vidas en esta tierra, quienes tienen mayor experiencia del dolor y las enfermedades; pero, que también quieren seguir viviendo, porque todo ser vivo quiere seguir insistiendo en su ser. Los que han envejecido y se han encontrado con esta letal, espesa y oscura niebla viral ciertamente quieren vivir. Todos, cada día, estamos viviendo y envejeciendo. Ya lo decía el filósofo Bergson (2017) “*vivre consiste à vieillir*” (p.183), “vivir consiste en envejecer”. Los jóvenes, sin experiencia del dolor y del sufrimiento humano, son los que requieren hoy de manera urgente y permanente una educación — presente y futura— que aborde la importancia de la sensibilidad humana en su unidad psicoorgánica y, sobre todo, el papel fundamental de la ciencia durante la historia para tratar múltiples enfermedades.

Hay ciertamente muchas realidades omnipresentes e imposibles de observar con el sentido de la visión, entre ellas, las partículas atómicas, la fuerza gravitacional, las ondas electromagnéticas, el magnetismo, los virus, todas las bacterias y células que conforman mi intracuerpo, etc. Recordemos aquí —lo que es una gran verdad— lo que nos decía Antoine de Saint-Exupéry (1946) en su obra *Le Petit Prince*: “*l’essentiel est invisible pour les yeux*” (p.72), “lo esencial es invisible a los ojos”. Esta hermosa y honda idea de lo invisible se injerta, paradójicamente, en nuestro contexto occidental que es *obsesivamente* visual, donde todo un universo invisible pareciera que no existiera. La “tiranía de la vista” es implacable. En efecto, el sentido de la visión es el sentido más precioso, más excelente que poseemos. Para Aristóteles, el sentido de la vista es el sentido que nos muestra más diversidad de información: *πολλὰς δὲ διαφορὰς* (p.2) Sin embargo, a pesar de esta dominancia del sentido de la vista, es el *sentido del tacto* que en esta pandemia directamente entra en escena. Es interesante, pues, la descripción que hace Xavier Zubiri sobre el sentido táctil. Es lo que veremos en nuestra próxima y última navegación.

3. El tacto humano, de lo tangible hacia lo invisible

3.1. El sentido del tacto y desarrollo humano

Nuestras manos —lo inmediatamente presente a nuestra mirada—, nos sirven ante todo para explorar nuestro medio inmediato. Tocando, tanteando, acariciando, presionando, aprendemos el espacio físico que nos rodea. La estimulación por el tacto tiene virtudes terapéuticas: los científicos ya han descubierto —varias décadas atrás— que las personas que son frecuentemente acariciadas tienen mejor salud. A causa de esta pandemia —y su razonable distanciamiento social y físico— el sentido del tacto paradójicamente ha sido la primera línea en ser afectada en su realidad interna, en su “nuda realidad”. Al no estar táctilmente presente el otro, en su “nuda realidad”, en la cercanía humana, en un abrazo, en una caricia, una estrechez de mano, un beso en la mejilla, vale decir que inexorablemente nos hemos ido convirtiendo, progresiva y lentamente, en seres más desconfiados, fríos y distantes. La frialdad que los pueblos latinos reprochaban a los pueblos nórdicos hoy parece globalizarse. Al no “recubrirse” los sentidos —por vía negativa— podemos pensar que el sentido del tacto con los otros sentidos (como la visión, la audición, el gusto, el olfato, etc.) ha sido el sentido que más se ha empobrecido (Zubiri, 1998). Piénsese, simplemente, en los niños, que antaño y habitualmente jugaban con un natural contacto físico, hoy eso es casi imposible en muchos lugares del mundo. Han pasado casi dos años de pandemia y la pobreza del contacto de la “nuda realidad” humana —aplíquese lo mismo para el joven y toda la gama generacional— carecen del “tocar y ser tocados”.

No cabe duda de que la pobreza afectiva tendrá en el futuro consecuencias catastróficas en nuestra dimensión intelectual, afectiva, volitiva y social. Pensemos, por ejemplo, en las devastadoras

consecuencias de la carencia afectiva-táctil de muchos niños de Rumania. En 1966, Nicolae Ceausescu, en efecto, inicia una cruel experimentación social con los ciudadanos de Rumania (Légaut 2016). El dictador quería a todo precio aumentar su población, pero en un estado ya empobrecido, un buen número de familias no podían alimentar a sus numerosos hijos. Así, los padres llegaron a confiar sus hijos a los orfanatos del estado. A finales de 1989, cuando el pueblo provocó la caída de Ceausescu, más de 170.000 niños estaban albergados en estas instituciones. No obstante, la desaparición de la dictadura, la situación económica del país seguía empobrecida, y numerosas familias no podían hacerse cargo de sus hijos.

De acuerdo con la filosofía de Xavier Zubiri, la unidad psicoorgánica, que contempla, por supuesto el tacto, es un tacto intelectual en la unidad del sentir intelectual o inteligencia sentiente. La inteligencia humana, la entiende Xavier Zubiri como inteligencia sentiente o sentir intelectual. De algún modo, dado el tacto hay una obertura —por decirlo de algún modo— de lo tangible a lo inasible e invisible.

3.2. Sentir intelectual

Xavier Zubiri hace notar que la filosofía ha distinguido siempre, desde sus orígenes griegos, la actividad del sentir y la del inteligir (Zubiri, 1998, pp. 12, 19 y 80). Lo podemos ver en Parménides y en forma expresa en Platón. Esta distinción es esencial, porque efectivamente el sentir y el inteligir pueden ser cosas muy diferentes. Los animales sienten y no inteligir; en cambio, los hombres sienten e inteligir. El problema está en saber cómo se *junta* el sentir con el inteligir en el hombre. Pues bien, Zubiri sostiene que el sentir no se opone al inteligir, (pp. 25-80), sino que ambos pueden formar en el hombre un acto único que llama “inteligencia sentiente” (p.12). Para poder aclarar esto, Zubiri tiene que explicarnos qué es lo que debe entenderse por sentir, y luego, cómo es posible que el sentir cobre dos modalidades tan diferentes como son el mero sentir animal y el sentir intelectual del hombre; es lo que Zubiri hace en su trilogía intelectual: “La inteligencia sentiente” (Madrid, 1980-1983). No podemos entrar aquí en detalles, solo diremos lo más indispensable para nuestro propósito. Ahora bien, ¿cómo es posible que el sentir quede elevado en el hombre a la condición de sentir intelectual?, ¿qué es sentir? Y ¿qué es inteligir? *Grosso modo*, hay, pues, dos formas fundamentales del sentir: el sentir estrictamente animal, el “*puro sentir*”, y el sentir intelectual del hombre. En el primero, las cosas quedan ante el animal como “meros estímulos”, como puras y simples “llamadas” a responder de una manera determinada. En cambio, para el hombre, las cosas quedan como *estímulos reales*. El animal, *verbigracia*, aprehende el calor *solo* como signo térmico de respuesta, hay un “*puro sentir*”. El hombre, en cambio, siente ese calor como algo “en propio”, como algo “de suyo”, es decir: “el calor es calor real”. Podemos describir —dice Zubiri— la impresión de realidad partiendo del momento de realidad. Entonces, el momento de impresión está estructuralmente “en” el momento de realidad. En el ejemplo, aprehendemos lo real como siendo caliente. El sentir está así “en” el inteligir. En su virtud, esta intelección es *intelección sentiente*. En la

impresión de realidad siento calor real (sentir intelectual), siento realidad caliente (intelección sentiente). La impresión de realidad es así sentir intelectual o intelección sentiente. Ambas fórmulas son para Zubiri idénticas (1998, p. 83). Así, cuando el sentir aprehende *realidades*, tenemos un sentir intelectual o una *inteligencia sentiente*.

3.3. El tacto intelectual

Retomando el texto de la escritora bielorrusa Svetlana Alexievitch con la frase que ha abierto nuestra reflexión: “*il est interdit de s’embrasser et de se toucher*” (p.15), “está prohibido besarse y tocarse”; comparándola con esta epidemia global SARS-CoV-2, desde la filosofía de Xavier Zubiri, nos permite en *respectividad* ingresar a la realidad humana y acceder a una comprensión más plena de las consecuencias que podría traer consigo esta pandemia eventualmente. El sentido del tacto ha sido parcialmente suprimido en nuestro trato humano y casi completamente en nuestro trato social. El tacto es por antonomasia el sentido de la presencia. Hay una presencia en que a la vez tocamos y somos tocados —como diría Zubiri— por la “nuda realidad”. Lo he repetido en el despliegue de este trabajo. Es el sentido “unitivo” por excelencia. Por ello, *a priori*, podemos pensar que la reproducción humana tiene sus consecuencias producto de esta distancia social. Somos tocados tocando. Zubiri (1998) declara: “En el tacto (contacto-presión) la cosa está presente sin *eidós* ni gusto es la nuda presentación de realidad” (p. 101). Pues bien, los otros sentidos están en juego, en una suerte de recubrimiento entre ellos. Y en ese panorama sabremos sus consecuencias a largo plazo.

3.4. El recubrimiento

En el análisis que realiza Xavier Zubiri en “Inteligencia Sentiente” (1998), ante todo, los diversos sentidos no están meramente yuxtapuestos entre sí, sino que, por el contrario, he aquí lo crucial en este trabajo, los sentidos “se recubren total o parcialmente” (p.106). Debemos tener presente que la diferencia esencial de los sentidos estriba en los modos de presentación de realidad y no en su contenido cualitativo específico de la nota sentida. *Grosso modo*, la vista aprehende la cosa real como algo que está “delante”, que está “ante mí”. En el oído, la cosa sonora no está incluida en la audición, sino que el sonido nos remite a ella. En el olfato, el olor está aprehendido inmediatamente como el color o como el sonido. La realidad se nos presenta como rastro. En el gusto, por el contrario, la cosa está presente como realidad poseída. En el tacto, la cosa está presente en su “nuda presentación de realidad” (Zubiri, 1998, p.101). No mencionaremos los otros sentidos humanos que Zubiri presenta (kinestesia, cenestesia, etc.). Pues bien, la vista me da la realidad “ante mí”, el tacto me da la “nuda” realidad; entonces, el “recubrimiento” de los dos modos de presencia es en ambos, es decir, tengo “ante mí mi nuda realidad”. En otras palabras, no se trata de una visión de la idea platónica más el tacto de esta idea —para Zubiri esto es absurdo—. Se trata de que lo real está presente “ante mí” como “nuda realidad”, es decir, el “ante” mí es el modo propio de presentación de lo real en la vista, y la “nuda realidad” es el modo propio de presentación en el tacto. Entonces, estos dos modos de presentación son los que en rigor se recubren. Además, todos los modos pueden

también “recubrirse” con el modo de presentación. En consecuencia, si no tengo nada “ante” mí, no hay un recubrirse con el tacto. Es así, tanto que las personas que necesitan tocar, por ejemplo, para configurar sus ideas, no darán cuenta en un primer momento de realidades invisibles e inasibles. De ahí, la negación de mucha gente, por una parte, de la realidad letal de la radioactividad, y por otra, la presencia devastadora del covid-19. La realidad, no es solo algo presente “ante mí”, y en su “nuda realidad”, sino algo que también es principio “fruible”. La vista y el tacto nos dan, la nuda realidad ante mí como fruible. La vista y el tacto “recubriendo” al oído me presentan la realidad a que este remite, en estricto rigor, la cosa sonora se aprehende como algo que suena ante mí y en su nuda realidad.

El Papa Francisco, relata un conmovedor suceso en su vida —como muchísimos otros—, en sus audiencias generales de los miércoles, cuando luego de dar una pequeña enseñanza, se acercó a la gente, y un grupo de niños ciegos le decían: “¿Podemos verlo?”, y él respondía: “por supuesto”, sin saber al inicio, lo que ellos querían decir. Enseguida comprendió, que los niños querían “tocar” su rostro con las manos para “ver” al Papa. El sentido del tacto es el solo sentido que la tecnología no puede imitar (2020, p. 41). Nos da otro ejemplo el Papa, del tacto y su poder consolador, dada su experiencia de dolor, sufrimiento y aislamiento en su juventud, a los veintinueve años tomó la decisión de visitar a los enfermos, hablar lo menos posible y tomar sus manos (p. 66). Así pues, el sentido del tacto al recubrir cada sentido humano determina las posibilidades intelectivas del ser humano. Al ver la aguja del “contador Geiger”, por ejemplo, puedo escuchar y ver en la aguja las alarmas “Gamma”. Indirectamente, por un recubrimiento a distancia de la vista y el oído, puedo tomar consciencia que mi cuerpo debe ser recubierto para su protección dada la radiación. Aquí vemos un recubrimiento del sentido del oído y la visión en un aparato en *respectividad* con lo invisible y lo inasible de la realidad.

3.5. De lo tangible hacia lo invisible

Cuando miramos una ventana, vemos inmediatamente lo que hay “fuera” y, no obstante; vemos lo que hay “dentro”, precisamente donde nosotros estamos; vemos igualmente lo que hay “dentro” y lo que hay “fuera”. Si ahora, vemos el vidrio o cristal directamente, vemos el vidrio y vemos “fuera” y “dentro”, al mismo tiempo. Todo eso es inevitable. La diafanidad del cristal nos instala en una crucial paradoja visual. Lo mismo ocurre al contemplar un espejo, nos vemos reflejados inmediatamente en este y vemos al mismo tiempo el espejo mismo. Es algo instantáneo. La visión tiene ese carácter de globalidad que permite situarnos delante, arriba, debajo, incluso “dentro” y “fuera” de las cosas que nos rodean. Sin embargo, nadie ha visto jamás una simple piedra en su totalidad. No vemos el “dentro”. La piedra tiene un “dentro” y un “fuera”. Con los ojos vemos solo una parte de la piedra, pero vislumbramos que hay un “dentro” la piedra. No se nos da nunca completamente en forma sensible, pero intuimos indirectamente que por su dureza hay un “dentro”. De forma espontánea no

podemos ver, a la vez, “dentro” y “fuera” la piedra, es decir, ver la piedra completamente en su integridad misma.

El hombre se encuentra con las cosas y se dirige a ellas, las cosas le salen al paso, es decir, “ahí están” las cosas. Un computador, un libro, un vaso de agua, etc. Estas son las cosas que “están ahí” y el hombre, naturalmente, es a ellas a las que se dirige, y son estas cosas, por decirlo de algún modo, las que salen al encuentro del hombre. Es el dominio de lo obvio. Lo obvio se encuentra al paso cuando el hombre va hacia algo, esto quiere decir, las cosas que le salen a uno al camino son las cosas obvias. En otras palabras, hemos de entender lo obvio por el elenco de cosas con las que el hombre se encuentra en cada momento de su vida. Y aquí surge un punto crucial, “ir allende” las cosas, es ir a otras cosas que no son obvias, es decir, que no salen al encuentro del hombre; por ejemplo, la radioactividad y los virus. A simple vista nadie ha visto la radioactividad, ni los virus, ni tan solo un electrón. Entonces, retomando ciertas reflexiones de Zubiri, (2003) “ir allende” (p.18), las cosas obvias, significa ir allende las cosas que el hombre encuentra y que le salen al paso en el contacto directo con la realidad. Ir allende lo obvio, no cabe la menor duda, es ir hacia lo invisible y lo inasible, es ir hacia la filosofía, en un aspecto muy particular de ella. Por ello, virus y radioactividad siendo lo más “manifiesto”, paradójicamente nuestros ojos no los pueden ver.

3.6. La experiencia de lo invisible y lo inasible

Es interesante recordar —dicho sea de paso— lo acontecido al inicio del 2020 en el norte de Italia, una de las regiones inicialmente más fuertemente alcanzada por la pandemia. Una veintena de sacerdotes que habían decidido permanecer con los enfermos, a riesgo de perder su propia seguridad por cumplir su trabajo sacerdotal. En un marco, donde las noticias mostraban lo más siniestros de los abusos a menores. Aquí, aparece, el otro lado de la “moneda humana”, el signo del “martirio”. Señalaba el Papa Francisco, cuantos mártires, hombres y mujeres que han dado su vida al servicio de los más débiles, el personal de salud, enfermeras, médicos, etc., han muerto trágicamente.

Conclusiones

Los protocolos de distanciamiento físico o social y, por consecuencia, el distanciamiento afectivo y moral de nuestros seres queridos, agrega considerablemente una dosis más de sufrimiento humano a los que ya viven en extrema pobreza y soledad. El sentido de *lo humano* tiene que ser nuevamente puesto como una prioridad “ante” lo invisible e inasible.

El sentido del tacto intelectual —como eje de nuestra reflexión— desde ciertas claves de la filosofía de Xavier Zubiri nos permitiría en *respectividad* rodear la realidad humana y acceder a una comprensión más plena de las consecuencias futuras de esta pandemia y el desarrollo futuro de las nuevas generaciones que estarán en déficit de contacto táctil en el trato social y natural de la vida

humana. Al no ser potencializado desde el tacto, dado el distanciamiento social, en sus formas naturales —besos, caricia, abrazos, etc.— el recubrimiento (con los demás sentidos) se ve empobrecido, afectando todos los demás sentidos humanos y traen una directa e inmediata configuración en nuestro desarrollo intelectual, volitivo, afectivo y social, pues, justamente, el recubrimiento exige que toda la realidad humana esté en juego permanentemente. Su unidad psicoorgánica tiene que estar en un despliegue natural. Entiéndase, por ejemplo, una madre al tomar por primera vez a su hijo en brazos, la utilización o no de una mascarilla configurará, quiéralo o no, un modo enteramente diferente, si el contacto es sin mascarilla.

El tacto humano, en su original despliegue tendrá que ser “re-educado” socialmente, si continua esta pandemia u otras en los próximos decenios. Y el temor que acrecientan la ausencia de mascarillas y el aliento del otro, será ocasión de nuevas investigaciones en psicología y salud mental.

Finalmente, lo invisible y lo inasible como categorías filosóficas podrían ser actualizadas en nuestro quehacer educativo y en nuestra vida cotidiana, abriendo nuevas perspectivas a los sentidos humanos que muestran una riqueza enorme a la hora de estar en la realidad.

Referencias Bibliográficas

- Aristóteles. (2018). *Metafísica. Edición Trilingüe* (V.G. Yegra, Trad.) (2a ed.). Gredos.
- Alexievitch, S. (1998). *La suplication. Tchernobyl, chronique du monde après l'apocalypse* (G. Ackerman y P. Lorrain, Trads.). J. C. Lattès.
- Bergson, H. (2017). *La pensée et le mouvant*. Universitaires de France.
- Bover, J. y O'Callaghan, J. (1994). *Nuevo Testamento Trilingüe*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Blondel, M. (1973). *L'Action. Essai d'une critique de la vie et d'une science de la pratique*. (3a ed., Vol 1). Universitaires de France. <https://bit.ly/3ITU3Fp>
- Conceil Européen pour la Recherche Nucléaire (2021). *Chiffres clés du LHC*. CERN Accelerating science. <https://bit.ly/3POEP26>
- Cervantes y Saavedra, M. (2006). *Novelas Ejemplares*. (8a ed.). Juventud.
- Chardin, P.T. (1965). *Science et Christ*. Seul.
- François. Vatican II (2020). *Un temps pour changer*. (A. Ivereigh, Trad). Flammarion.
- Heidegger, M. (1998). *Einführung in die Metaphysik*. Niemeyer.
- Rivera Cruchaga, J. E. (2006). *Itinerarium Cordis. Ensayos filosoficos*. Bricklediciones.
- Saint-Exupery, A. (1946). *Le petit Prince*. Gallimard.
- Malley, M. C. (2013). *La Radioactivité, une mystérieuse science*. (P. Depovere, Trad.). De Boeck.

- Magny, M. (2019). *Aux racines de l'anthropocène. Une crise écologique reflet d'une crise de l'homme*. Le Bord de l'eau.
- Lenoir, F. (2020). *Vivre! Dans un monde imprévisible*. Fayard.
- Légaut J-P. (2016). Proteger ou condamner: Histoire des «Orphelinats roumains» de Nicolae Ceaucesu à l'Union Européenne (1965-2007). (*Thèse de doctorat en histoire contemporaine*). Université Paris 1-Pantheon- Sorbonne. <https://bit.ly/3t7RIQC>
- Ortega y Gasset, J. (1963). *Obras Completas*. (1902-1916). (Vol. 1). Revista de Occidente.
- Tessier Réjean, Cristo, M., Velez, S., Girón Marta, de Calume, S. W. Z., Ruiz-Paláez Juan G., Charpak, Y., y Charpak, N. (1998). Kangaroo mother care and the bonding hypothesis. *Pediatrics*, 102(2). <https://doi.org/10.1542/peds.102.2.e17>
- Universidad de las Palmas de Gran Canaria. (25 de mayo de 2021). *¿Qué es la radiactividad?*, SPRLyUPR. <https://bit.ly/3GuWSpQ>
- Worldometer, (n.d.). *Real Time World Statiscs*. Recuperado el 30 de mayo 2022 de <https://bit.ly/3M0FsCo>
- World Healt Organization (5 de septiembre de 2005). Chernobyl: The True scale of the accident. <https://bit.ly/3aaRqfK>
- Zubiri, X. (1979). Respectividad de lo real. En *Realitas III-IV*. (Vol. 4, Ser. Trabajos de Seminario Xavier Zubiri, pp. 13-43). Sociedad de Estudios y Publicaciones. <https://bit.ly/3Gv6K2S>
- Zubiri, X. (1987). *Naturaleza, Historia, Dios*. (9a ed) Alianza.
- Zubiri, X. (1998). *Inteligencia Sentiente*. 5ª ed., Vol. 1). Alianza
- Zubiri, X. (2003). *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Alianza.
- Zubiri, X. (2010). *Acerca del mundo*. Alianza.

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Cornejo Ojeda, J. P. (2022). De lo invisible y lo inasible. *Cuadernos de teología – Universidad Católica del Norte (En línea)*, 14, e5097, <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-5097>



Copyright del artículo: ©2022 Juan Cornejo



Este es un artículo de acceso abierto, bajo licencia Creative Commons BY 4.0.